

Reforma Universitaria: Democratización, modernización, funcionamiento del sistema político e irrupción del movimiento estudiantil

Labat Iberlucea, Luna¹

Universidad Nacional de Córdoba

Recibido: 27/10/2021

Aprobado: 19/11/2021

Resumen

Este trabajo pretende ser un aporte a la ardua tarea de construir un estado del arte de la historiografía que aborda la Reforma Universitaria. Se realizará un recorte - que no pretende ser exhaustivo - de algunos de los antecedentes más relevantes en la materia. Desde ellos, las demandas reformistas serán analizadas en relación con procesos de más amplia escala. Las demandas de actualización de los planes de estudio, de docencia libre, y el carácter anticlerical del movimiento serán relacionadas con el proceso de modernización. Las demandas por la abolición de las academias y un gobierno tripartito y paritario con representación estudiantil serán puestas en juego con el proceso de democratización. El reclamo reformista de una intervención nacional será un pie para trabajar el funcionamiento del sistema político. Finalmente, se trabajará la irrupción del movimiento estudiantil como un actor político que sobrepasa la arena universitaria, y se consolida como tal en la larga duración.

Palabras claves: Reforma Universitaria, modernización, democratización, Hipólito Yrigoyen, movimiento estudiantil

¹ Estudiante del Profesorado y la Licenciatura en Historia Ayudantealumna en "Historia Argentina 1" e "Historia del pensamiento y la cultura argentinos" Escuela de Historia, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba, Argentina. Contacto: Lunlabat@gmail.com

Introducción

En miras de construir un estado del arte de la cuestión que resulte sintético y esclarecedor para quienes busquen iniciarse en el tema, realizaré un recorte – que no pretende ser exhaustivo– de algunos de los antecedentes más relevantes en materia de estudios sobre la Reforma Universitaria. Lo articularé a partir de trabajar los procesos de democratización, modernización y el funcionamiento del sistema político en relación con las demandas de los reformistas cordobeses de 1918. Otro eje que desarrollaré corresponde a la irrupción de un nuevo actor político a partir de la reforma universitaria: el movimiento estudiantil.

Trabajaré retomando los aportes de Juan Carlos Portantiero (1978), Ana Clarisa Agüero (2016; 2018a; 2018b; 2021) y Waldo Ansaldi (2000; 2019). El trabajo de Portantiero es un acercamiento ya clásico al proceso, y permite relacionar a la reforma con los movimientos estructurales que atravesaba la sociedad argentina. Agüero permite complejizar las temporalidades del proceso, identificando dos grandes ciclos de politización y radicalización. También discutir la aparente inamovilidad de la ciudad de Córdoba hacia 1918, destacando ciclos de agitación y movilización obrera y liberal que se relacionaron con, y sobre los que se desplegó, el movimiento reformista. Ansaldi trabaja la transición de una dominación oligárquica a una democrática, y las distintas dificultades que tuvo esta para consolidarse. De sus trabajos también recuperaré algunos elementos sobre la relación entre la iglesia y la universidad hacia el periodo analizado.

Mi objetivo será integrar los núcleos más relevantes de estos trabajos para establecer las relaciones que nos atañen. En general, aportar a una visión compleja y enriquecida de un proceso fundante de tradición e identidades políticas como la reforma universitaria. El proceso de modernización será relacionado con las demandas de docencia libre y actualización de los planes de estudios, y con el carácter anticlerical que adoptó la reforma a partir de junio. Me acercaré también a breves elementos para pensar el liberalismo cordobés. El proceso de democratización será analizado en relación con las demandas democratizadoras de la universidad: la abolición de las academias y un gobierno tripartito y paritario con representación estudiantil. También una reflexión breve sobre la demanda de autonomía universitaria. El reclamo reformista de intervención nacional será considerado como una vía para trabajar breves elementos sobre el funcionamiento del sistema político. Finalmente, analizaré el surgimiento del estudiantado como nuevo actor político, abordando las búsquedas de alianzas que emprendieron los estudiantes, y también una breve reflexión sobre el reformismo como tradición estudiantil que se instala en la larga duración, no exenta de disputas. Estas reflexiones son un pequeño recorte que no pretende ser excluyente de múltiples otros elementos que podrían abordarse.

La Universidad Nacional de Córdoba amenaza ruina²

Portantiero (1978) plantea que en la Córdoba de 1918 existía una contradicción que, tarde o temprano, iba a estallar. La universidad constituía un reducto de la tradición reaccionaria, controlada desde las academias por elites nutridas del catolicismo; mientras el país encaraba un proceso de modernización, por su inserción en el mercado mundial de la mano del capital imperialista³. Algunas reformas democratizadoras o modernizadoras se habían encarado en las universidades de Buenos Aires y La Plata, pero nada conmovía a la oligarquía católica que controlaba la universidad cordobesa. La iglesia y la universidad se enlazaban, incluso en formas de sociabilidad, superando el ámbito universitario y daban un carácter particular a la ciudad. Ansaldi (2019) plantea esta contradicción como un enfrentamiento de dos fracciones de la clase dominante local: una embanderada en la tradición liberal, otra dentro del catolicismo.

Resultan interesantes los aportes de Agüero (2016, 2018a, 2018b; 2021), que permiten discutir esta aparente inamovilidad y enquistamiento reaccionario que imperaba en la ciudad y que es conmovido por la irrupción de un movimiento reformista que se despliega de las aulas a las calles. En sus trabajos encontramos que en los años previos e incluso durante el mismo despliegue del proceso reformista, existía una fracción liberal, que agitaba contra esos fantasmas arcaicos de la Córdoba clerical, falsamente doctoral y cerrada al mundo exterior (Agüero; 2016). Nos habla de un ciclo de agitación que puede remontarse hacia 1916 y que tomó forma en un estallido asociativo. Este ciclo parecería motivado por las expectativas que había abierto el gobierno de Yrigoyen, y que en la ciudad era difícil de ser capitalizado por la fórmula del radicalismo cordobés. Destaca también la importancia de ciclos de agitación obrera y antineutralista por esos años.

El movimiento reformista no puede pensarse entonces por fuera de estos ciclos, especialmente del liberal⁴. A partir de las demandas de docencia libre y actualización de los planes de estudio, la universidad se convirtió en un terreno protagónico de las demandas de modernización que irrumpían en distintos ámbitos de la ciudad; constituyendo a estas demandas como estandartes de una disputa ideológica que se libraba entre la modernización y la reacción; una reacción que gobernaba la universidad, condenándola al atraso y amenazando con su ruina.

Los sectores liberales también mostraban su descontento con la consolidación de Córdoba como una ciudad de segunda respecto a otros centros urbanos, y la reforma universitaria apareció como una vía para la relocalización de la ciudad en el mapa nacional. También, el repertorio de protesta reformista puede ser pensado como parte de una práctica política moderna (asambleas, huelgas, manifestaciones, entre otras), que convivía en la ciudad con formas tradicionales.

² Los subtítulos fueron extraídos de Juan Cruz Taborda Varela (2018), a su vez son parte de prensas o documentos de la época.

³ Términos usados por el autor.

⁴ Las relaciones de los reformistas con las asociaciones liberales son múltiples, en particular con Córdoba Libre.

Cuando hablamos de modernización en la universidad, debemos mencionar el aspecto anticlerical de la reforma universitaria, que tomó diversas expresiones a lo largo del proceso, tanto como demandas, como en constituir a iglesias o figuras religiosas en objetivos de ataque durante las protestas. Si bien existían elementos previos, más o menos velados, Agüero (2021) plantea que esto se desplegó ampliamente a partir de la elección de Nores. Los reformistas construyeron entonces la figura de un enemigo católico, conservador, vinculado a la Corda Frates, identificando a lo clerical como sinónimo de todo lo arcaico en la universidad, como todo lo que la reforma debía superar para que en su casa de estudios reine el saber científico de tipo moderno.

Desde ahora, la participación estudiantil es bandera

Los estudiantes reformistas elaboraron un programa democratizador de la universidad - gobierno tripartito y paritario, con representación estudiantil -, pero este no fue esbozado en los primeros momentos de la lucha por la reforma universitaria. Los primeros conflictos no preveían ni se dieron en pos de estas consignas. Antes bien, la demanda por democratización se dio siguiendo la eliminación de las academias vitalicias que controlaban el gobierno universitario. Esta demanda fue resuelta con la primera intervención del gobierno nacional: el gobierno universitario pasó a estar constituido plenamente por docentes electos democráticamente. Los estudiantes reformistas apoyaron y acompañaron esta medida. Agüero (2018b; 2021) trabaja este punto e identifica a esta reforma con el fin de un primer ciclo de movilización y protestas y el comienzo de la normalización (así entendido tanto por los protagonistas como por la prensa): el frente reformista vio en ese punto satisfechas sus demandas.

El inesperado resultado de la asamblea universitaria, que otorgó el triunfo a Nores (candidato de la Corda Frates) y no al candidato reformista Martínez Paz, dio inicio a un segundo ciclo. Esto implicó una reconfiguración en el mapa reformista, donde estudiantes (y otros) que en un primer momento habían participado del movimiento (incluyendo estudiantes católicos) y hasta habían jugado un rol destacado (como Carlos Artaza Rodríguez) se pasan al bando anti reformista, entendiendo que con la primera intervención el proceso de reforma estaba terminado. Este nuevo momento que se abre es denominado como la “fase épica” de la reforma. Es aquí cuando toma su carácter marcadamente anticlerical, que desarrolle previamente.

Deteniéndonos en las demandas democráticas, este es el momento en que se radicalizan y se levantan las banderas de la participación estudiantil en el gobierno universitario, llegando a plantear que la democracia universitaria que promulgó la reforma de Matienzo no ha sancionado más que el predominio de una casta de profesores. Portantiero (1978) también sostiene una visión cercana, al plantear que el resultado de la elección advirtió a los estudiantes que los profesores eran incapaces de propiciar una modificación radical de la vida universitaria. Aquí surgió la consigna de gobierno tripartito y paritario, es decir: que el poder de decisión de las universidades sea compartido en partes iguales entre representantes de los profesores, graduados y alumnos. El *demos* universitario, el derecho a darse gobierno propio, radica así principalmente en los estudiantes.

El gobierno de Yrigoyen, llegado al poder en 1916 a partir de las elecciones regidas por la Ley Sáenz Peña, significó uno de los primeros momentos de lo que Ansaldi (2000) denomina como una trunca transición de un régimen oligárquico a uno democrático. Las garantías otorgadas al sufragio implicaron una ampliación de la democracia; pero este camino no fue lineal, y el proceso encontró distintas limitaciones⁵.

En el marco de esta democratización conflictiva del sistema político, pujantes clases medias lucharon por su representación. Portantiero (1978) plantea que la vanguardia de esas clases medias fue su juventud, que desbordó los reclamos y las formas de anteriores generaciones, y que encontró su canal en algunos conflictos gremiales acotados en la universidad de Córdoba: “a veces la historia trata de expresarse en las pequeñas cosas y el movimiento de las estructuras sociales libera fuerzas cuyo lenguaje en un primer momento es confuso” (Portantiero, 1978, p. 30). En el desarrollo del proceso reformista – y la progresiva radicalización del repertorio de protestas y demandas – los estudiantes expresaron una respuesta democrática frente a la clausura política; la puja por la apertura de la universidad significaba la entrada en escena de las clases medias en pelea por su participación política en amplio espectro, frente a sectores de la política que continuaban siendo reductos oligárquicos. La autonomía universitaria era clave para la construcción de una isla democrática en que las clases medias, alejadas del poder político, reivindicaban su propia esfera de poder.

Retomando a Halperin Donghi (1999), los trabajos de Agüero proponen que este momento estuvo marcado por un corrimiento del espectro político general, y, dentro de este, de actores diversos hacia un consenso liberal en torno a la “justicia social”, a partir de la intensa agitación política que se abrió con la Ley Sáenz Peña. Su trabajo sobre las generaciones (2018a) pone en tensión el discurso juvenilista de los reformistas (que proclamaban no tener nada que ver con sus mayores) exponiendo continuidades entre ideologías y discursos liberales de la generación previa y los reformistas, entendiendo que estos últimos llevaron un poco más allá estas ideas en el marco de este corrimiento del espectro político. En este sentido, las demandas democratizadoras no nacieron con los reformistas, así como no fueron ellos los primeros en pensar reformas del régimen universitario, pero fue su generación quién las radicalizó, tanto en materia de demandas como en su repertorio de protesta. Viejos reformismos políticos y sociales nutrieron el que se estaba forjando en la universidad, pero su voluntad de reformarlos muestra cómo junto a las generaciones, ha cambiado también el horizonte político.

¿Cuándo interviene, señor presidente?

Otro punto a trabajar es la relación de la reforma con el sistema político. En este sentido, me interesa señalar que el objetivo de los estudiantes en ambos ciclos de la reforma fue conseguir una intervención de Yrigoyen. Tenían el antecedente

⁵ Algunas son: exclusiones formales, mediaciones corporatistas, control del senado por sectores conservadores.

de los conflictos obreros que ocupaban posiciones estratégicas en la economía, en que el presidente intervino favorablemente hacia los trabajadores, sin desarrollar instituciones reguladoras. Este estilo político de intervención directa se vincula con la sobrerrepresentación que fuerzas conservadoras tenían en el parlamento, que dificultaba la promulgación de leyes o reformas. Hay autores que plantean que esta política estuvo dirigida a disputar votantes al Partido Socialista. Haya sido por una o por otra, el momento era favorable para que los estudiantes peleen por sus reclamos, con la convicción de que el presidente fallaría a su favor. Cabe destacar que existen hipótesis de que la intervención favorable hacia los reformistas de Yrigoyen se debió a la necesidad de un armado político en Córdoba, frente a las fuerzas conservadoras y el radicalismo disidente, ya que el presidente habría encontrado en los reformistas potenciales aliados para esto. Un rumor de un acuerdo con Yrigoyen le valió en su momento una gran mancha en la reputación de Barros, dirigente reformista, que hasta ese momento parecía intachable, aunque esto se revirtió luego del atentado que sufrió por parte de estudiantes fanáticos del comité pro defensa, es decir, del bando anti reformista. El atentado puede pensarse también en los términos de una lógica de guerra que imperaba en la política corporatista (Ansaldi, 2000).

La universidad, antigua cuna de doctores, hoy es fábrica de instigadores a la rebelión

68 | Siguiendo a Agüero (2021), ante el agotamiento del primer frente reformista, el segundo ciclo implicó la necesidad de buscar aliados fuera de la universidad, y, por ende, intervenir decididamente en la escena política general sobrepasando una agenda gremial-universitaria. Se intensificaron los vínculos con sectores del liberalismo y con estudiantes del resto del país, pero también la búsqueda de alianzas y encuentros con el movimiento obrero⁶. Es también el momento de la proyección continental de la reforma, que Portantiero (1978) adjudica a la necesidad de solidaridad exterior. Si los estudiantes reformistas querían triunfar en sus novedosas demandas y su radicalizado programa para la universidad, debían ensanchar sus reivindicaciones para coincidir con otros sectores.

La activación política del estudiantado dio lugar a que algunos reformistas emprendan un camino de búsquedas más solares de actividad, y en este punto nada fue homogéneo. Las trayectorias políticas van para distintos lados. Por un lado, hay quienes pasan a engrosar las filas del radicalismo, otros del nacionalismo, y otros, influenciados por el clima mundial, y en particular la revolución rusa, buscaron inscribir a la reforma dentro de un movimiento emancipatorio global⁷.

Sobre quiénes eran los estudiantes que protagonizaron la reforma encontramos algunos matices entre los autores. Portantiero (1978) plantea que se trata de una

⁶ Córdoba tenía una población obrera bastante densa, agremiada y combativa, cuyas movilizaciones y acción política incidieron en la propia dinámica del movimiento reformista, contribuyendo a explicar la adopción de la huelga como una de las principales medidas dentro del repertorio de protesta reformista.

⁷ Este núcleo de estudiantes radicalizados fue estudiado, entre otros, por Tarcus, Bustelo y Rodríguez Rubio.

vanguardia de los sectores medios, y vincula la problemática del movimiento estudiantil con la de los intelectuales y técnicos de la sociedad capitalista, ya que considera a los estudiantes como fuerza de trabajo intelectual en proceso de formación, que habrá de insertarse de una manera particular en el mercado de trabajo. Agüero (2021), aporta que en 1918 había cambiado la composición del estudiantado (junto un crecimiento de la matrícula y la oferta de carreras de la universidad): apellidos inmigrantes y sectores medios novedosos en la ciudad vulneraron su condición de reducto de élite. Se trata de un público más libre en su cotidianeidad, para quienes las tradiciones juveniles y jocosas tenían un importante lugar, y lo identifica como un sector en disponibilidad para llevar adelante un proceso como este.

El trabajo de Portantiero (1978) da cuenta de que la reforma universitaria significó la entrada en escena del estudiantado como nuevo actor político en la escena general, y de la política estudiantil como nueva zona de actividad. Este fenómeno no se limitó ni a la ciudad de Córdoba ni a Argentina, alcanzó distintas latitudes latinoamericanas y cobró formas bastante organizadas como el APRA en Perú. Si bien en Argentina los intentos de conformar un “partido reformista” se vieron truncados, la reforma significó el comienzo de una tradición del movimiento estudiantil laboriosamente construida y reconstruida en la larga duración, que hasta el día de hoy continúa siendo disputada, como nos indican Agüero y Eujanian (2018).

Si no entendemos que el reformismo es una tradición en disputa, ¿cómo podemos explicarnos que hoy casi todos los espacios políticos de nuestra universidad se reivindican reformistas? Un ejemplo claro es la situación casi paradójica de que, tanto les 27 estudiantes procesados por la lucha universitaria del 2018, como la fuerza política responsable de su criminalización se reivindican reformistas, ¿qué significa entonces ser reformista?; mientras esta fuerza política vanagloria la toma del rectorado en 1918 con monumentos y edificios, condena la toma de un edificio público como una medida de lucha legítima del movimiento estudiantil. La aparente paradoja sólo podría esclarecerse a partir de continuar la pregunta sobre la construcción y la reconstrucción del reformismo a lo largo del siglo XX y en los últimos veinte años.

Un punto de partida posible es revisitar y repensar la Reforma Universitaria. Es necesario entonces recuperar la tensión histórica, como una vía para que la política se alimente de su vínculo con el pasado, sin que este se agote en las urgencias del presente.

Bibliografía

Agüero, A. C (2016). “Córdoba, 1918, mas acá de la reforma”, en Adrián Gorelik y Fernanda Arêas Peixoto (comp.), *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*. Siglo XXI Editores.

Agüero, A. C. (2018a). “Estudiantes reformistas. Notas sobre la experiencia, las generaciones y las ideas (1880-1935), en Pablo Buchbinder (comp.), *Juventudes Universitarias en América Latina: ayer y hoy*, HyA ediciones, FhyA-UNR.

Agüero, A. C. (2018b). “El principio del fin. Tiempo y Experiencia en el primer ciclo reformista”, en Ana Clarisa Agüero y Alejandro Eujanian (Coords.), *Variaciones del reformismo. Tiempos y Experiencias*, HyA ediciones, FhyA-UNR.

Agüero, A. C. y Eujanian, A. (2018) “Introducción”, en Ana Clarisa Agüero y Alejandro Eujanian (Coords.), *Variaciones del reformismo. Tiempos y Experiencias*, HyA ediciones, FhyA-UNR.

Agüero, A. C. (2021). *La reforma universitaria cordobesa en 1918. Una brevísima historia*, PHAC, IDACOR-CONICET UNC; E-P.

Ansaldi, W. (2019) “Como carrera de antorchas. La Reforma Universitaria, de Córdoba a Nuestra América” en *Revista de la Red de Intercátedras de Historia de América Latina Contemporánea*. Año 5, N°9. Córdoba.

Ansaldi, W. (2000). “La trunca transición del régimen oligárquico al régimen democrático”, en Ricardo Falcón (Dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*. Editorial Sudamericana. Pp.15-46.

Halperin Donghi, T. (1999). *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*. Ariel.

Portantiero, J. C. (1978). *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma universitaria (1918-1938)*. Siglo XXI Editores.

Taborda Varela, J. C. (2018) *El corazón sobre sus ruinas*. Recovecos.